

tífice lo manifiesta, desde el comienzo, en un verso famoso:

“Este templo le importuna, y quisiera su impiedad aniquilar al Dios á quien dejó abandonado.”

¡Hé ahí el odio contra Dios! ¡Hé ahí el odio contra Jesucristo! Porque jamás andan separados. El que ama á Dios, ama á Jesucristo. El que odia á Jesucristo, odia á Dios. A los ojos de la humanidad, no hacen sino uno en el amor y en el odio. Pues bien, después de haber alcanzado una mancomunidad semejante, ¿no comprendéis que eso es ser Dios?

### VIII

Ante tales hechos, de pretensiones tan extraordinarias y aun más extraordinariamente realizadas; sobre todo, ante las palabras tan claras, tan precisas, tan acordes, con las cuales afirmó Jesucristo su divinidad, y exigió todos los homenajes, tan sólo restan, á los que se niegan á creer, dos partidos que tomar: combatir el propio testimonio de Jesucristo, si tienen por ciertos los Evangelios, ó bien dudar de los Evangelios mismos.

Combatir el testimonio de Jesucristo, esto es, suponer que, por falta de luz, de clara inteligencia, hubiese podido, de buena fe, equivo-

carse acerca de su propia naturaleza, ó que, por falta de sinceridad, haya querido engañarnos!

En ambos casos, Jesucristo desciende más allá de Sí mismo y de todo. Nada queda en pie en su vida; nada ya se explica en su carácter. Todo se conmueve y se contradice, y el ánimo espantado retrocede ante las imposibilidades, que unas sobre otras se amontonan. “¿Por ventura se da unión posible entre la luz y las tinieblas?” decía el poeta. No, evidentemente. No se podría hacer que juntos viviesen en un mismo lugar, en una misma alma, el sol y las tinieblas, la verdad y la mentira, la pureza absoluta y el fraude, la clara inteligencia, la intuición sublime y la ilusión grosera. Son dos elementos que luchan. Si la luz está allí, arrojará las tinieblas. Si el Cristo es lo que hemos visto, un sér tan puro y tan santo, tan absolutamente humilde y modesto, tan perfectamente apacible y dulce en su luz, libre de toda exaltación, de todo entusiasmo, no pudo equivocarse acerca de su verdadera naturaleza. No pudo creerse Dios. No pudo decirlo, si no lo creía. Hé ahí todo un aspecto de su carácter, el aspecto luminoso que excluye al otro, absoluta, radicalmente, como el sol excluye las tinieblas. ¿No veis que en esa mente sublime, límpida como el cielo, en ese gran corazón, del todo puro y transparente como el cristal, en ese carácter sano y vigoroso en todos conceptos, siempre entero y seguro de sí mismo,

no hay lugar alguno para una ilusión tan radical, tan asombrosa y para la embriaguez de un sueño semejante acerca de su naturaleza, y más aún para los miserables medios con que convenir de ello al mundo? Hé ahí la evidencia misma. Es, vuelvo á decirlo, el sol que excluye por entero las tinieblas.

Si por el contrario creéis que Jesucristo se equivocó, que por falta de clara inteligencia se creyó Dios, ó que por falta de sinceridad quiso hacérselo creer, sea. Pero entonces ya no es santo; ya no es grande. Suprimid esta frase de Pascal: "Fué humilde, paciente, santo, santo á los ojos de Dios, terrible para los demonios, sin pecado alguno." No hay nada de eso. Tenemos todo lo contrario. ¿Cómo sería humilde, y modesto, y perspicaz, si no siendo más que un hombre se creyó Dios? ¿Cómo sería santo, si sabiendo que no lo era, sin embargo, lo dijo? ¿Cómo sería grande, si para hacerlo creer, empleó miserables é indignos medios? Pero qué, ¡Jesucristo no fué grande! Cómo, ¡no fué amable, modesto, humilde, divinamente hermoso en su vida y en su muerte, ideal y sublimemente puro en el más leve aliento de su pecho, en el más imperceptible latido de su corazón! ¿Qué creer entonces? ¿Qué decir? ¿En dónde queda todavía algo cierto, algo que pueda yo admirar, amar, venerar? ¿En dónde está lo cierto, en dónde el bien, en dónde lo bello, si Jesucristo

no es más que una ilusión, mentira, fraude, fealdad moral, unida por no sé qué monstruoso misterio á la más divina grandeza que se vió jamás? Medítese, medítese esto. Es forzoso sostener el carácter. No cabe inspirar juntamente el desprecio y el amor, la adoración y la repugnancia. No hay medio. Tal como Jesucristo aparece en el mundo, es forzoso de toda necesidad ó que caiga por tierra, ó que nosotros caigamos á sus pies. Él es todo ó no es nada.

¿Intentaríais aminorar la dificultad alejando de Cristo la acusación, y haciéndosela á los Apóstoles y á los Evangelistas? ¿Diréis que éstos fueron los inventores de esa fábula y que nos la hicieron aceptar? Mas vais á chocar con una porción de imposibilidades. "Se necesita, además, dice Bossuet, que la más vigorosa persuasión que se vió sobre la tierra, y acerca del más increíble asunto, y en medio de las pruebas más difíciles, y entre los hombres más incrédulos y tímidos, tenga una causa aparente. La ficción no va tan lejos, la sorpresa no dura tanto, la locura no guarda tanto orden. Porque, en fin, extrememos el razonamiento de los incrédulos: ¿qué piensan acerca de nuestros santos Apóstoles? ¿Qué? ¿Que habían inventado una hermosa fábula que se complacían en anunciarla al mundo? Pero la hubieran hecho más verosímil. ¿Que eran unos insensatos y unos imbéciles que no se entendían entre sí? Mas su vida, sus escritos,

sus leyes y la sagrada disciplina que han establecido, y finalmente, el mismo acontecimiento, prueban lo contrario. Es un caso inaudito que tan mal inventa la sagacidad, ó que tan afortunadamente ejecuta la locura. Ni el proyecto nos ofrece hombres astutos, ni el éxito personas desprovistas de sentido. Nos dicen ellos: "Hemos visto, hemos oído, hemos tocado con nuestras manos, y con frecuencia, y mucho tiempo, y varios reunidos, á ese Jesucristo resucitado de entre los muertos." Si dicen verdad, ¿qué cabe responder? Si inventan, ¿qué pretenden? ¿Qué ventaja, qué recompensa, qué premio por todos sus trabajos? Si algo esperaban, sería ó en esta vida ó despues de su muerte. ¿Esperar en esta vida? Ni el odio, ni el poder, ni el número de sus enemigos lo consienten. Hélos, pues, reducidos al porvenir; y entonces, ó bien esperan de Dios la felicidad de sus almas, ó esperan de los hombres la gloria y la inmortalidad de su nombre. Si esperan la dicha que el Dios verdadero promete, claro es que no piensan en engañar al mundo; y si el mundo pretende figurarse que el afán de distinguirse en la historia haya consistido en halagar sus ánimos groseros hasta en sus barcas de pescadores, diré tan sólo una palabra. Si un Pedro, si un Andrés, si un Juan, en medio de tantos oprobios y persecuciones, han podido adivinar desde tan lejos la gloria del cristianismo y la que

les tributamos, no exijo nada más poderoso para convencer á todas las almas razonables de que eran hombres divinos, á los cuales no solamente el espíritu de Dios, sino también la fuerza siempre invisible de la verdad, hacían ver, en lo extremo de la opresión, la victoria segurísima de la buena causa.<sup>1</sup>

Hé ahí algunas de las dificultades expuestas con la lógica, el vigor intelectual y la elocuencia de Bossuet. Pero hay otras, una sobre todo, mayor que todas éstas, absolutamente insoluble, que el mismo Rousseau había entrevisto, y que la crítica moderna elevó ya á un grado tal de lucidez, que no admite réplica. Decís que los Apóstoles son quienes inventaron el carácter del Cristo, su vida, su muerte, aquel plan, aquella fisonomía. Rousseau contestaba: "El inventor sería más asombroso que el héroe." La crítica moderna va más allá; dice ella: "El inventor se hace imposible; para inventar el carácter de Jesús, habría sido necesario ser Jesús."

Ya he citado, al hablar de los Evangelios, los textos notabilísimos de Channing, de Goethe, del autor anónimo de *Ecce Homo*,<sup>2</sup> mostrando la imposibilidad en que se hallaban los Apóstoles para crear un carácter que les es absolu-

<sup>1</sup> BOSSUET, *Panegirique de Saint André*.

<sup>2</sup> En la colección de *La Controverse*. año de 1886, si no me equivoco, se habla de una obra con este título y allí puede verse el juicio de ella.—N. del T.

tamente superior. Porque, séame permitido insistir, no se trataba, como antes de ahora se decía, de inventar un hecho, el hecho de la resurrección, por ejemplo, lo cual es ya imposible, ni de vestir y arreglar algunos sucesos; se necesitaba crear un carácter capaz de sostenerse. Pues bien, si los Apóstoles lo hubiesen intentado, habrían creado un carácter humano y probabilísimamente un carácter judío; un rabí perfeccionado, como Hillel ó Gamaliel; á lo sumo un profeta, como Elías ó Juan Bautista, y si, exaltándose por salir de los tipos conocidos, hubiesen extremado las proporciones, no hubieran creado un carácter vivo. Porque de crear un carácter como el que hemos visto desarrollarse á nuestra vista, es decir, el más extraordinario, el más nuevo, el más original, el menos conforme con todas las ideas del tiempo, opuesto á todas las aspiraciones judías, el menos humano, en una palabra, por mejor decir, el más sobrehumano, humano y divino á la vez, y no obstante, vivo, es de lo que ellos eran absolutamente incapaces. Llámánle hombre: ¿dónde, pues, habrían encontrado ellos la idea de aquella santidad perfecta, de aquella vida inmaculada, de aquella completa ausencia de faltas que no es propia del hombre? Le creen Dios; ¿cómo le hacen tan débil? ¿No saben trazar una muerte incesante? "Sí, dice Pascal, porque el mismo San Lucas presenta la

de San Esteban más vigorosa que la de Jesucristo.<sup>1</sup>" Y aquel inefable sermón de la montaña, y el de la Cena, y las profecías de la ruina de Jerusalén y del mundo, y aquellas vivas intuiciones de la crisis del tiempo; si todo esto no procedía de Jesús, ¿quién, pues, habría podido crearlo? "Admitamos, dice Parker, que Platón y Newton no hubiesen existido nunca. ¿Quién, pues, entonces ha obrado sus maravillas y tenido sus pensamientos? Para inventar un Newton, necesario fuera ser un Newton. ¿Quién es el hombre que podría haber fabricado un Jesús? Solamente hay un Jesús que fuese capaz de eso."<sup>2</sup>

Es, pues, imposible que un solo hombre haya concebido, haya inventado por entero un carácter como el de Jesús, que traspasa tan por completo todos los datos del humano espíritu. ¡Cuánto crece la dificultad al ver que en lugar de haber sido creación de uno solo, lo fué de varios! Y no se diga que cada evangelista nos ofrece un Cristo distinto. Porque eso desde luego es falso; la prueba está dada. Además, en esta hipótesis, en vez de un milagro, tendríamos cuatro. Efectivamente, el Jesús de cada Evangelista es admirable, inimitable, absolutamente superior al escritor que lo dibujaba.

1. PASCAL, *Pensées*, II, 325.

2. TEODORO PARKER, *Discours sur des matières relatives à la Religion*, 1849.

Además, es completo. Fijémonos tan sólo en el Jesús de San Mateo; inutilicemos los otros tres Evangelistas; no hay duda que perderemos algunos tesoros. Mas el Jesús de San Mateo bastará para que el mundo se postre en adoración. Ahora reunidos. Fundamos estos escritores de tan diferente género, estilo, lengua y punto de vista; resulta siempre el mismo Cristo, cuya radiante y sublime figura no se confunde jamás con ninguna otra. En cuatro páginas diferentes Jesucristo aparece el mismo, divinamente hermoso en cada una, y en una y otra, tan superior á sus humildes pintores, que muy lejos de poder crearlo, ni siquiera capaces eran de copiarlo. Es la confesión que á Renan se le escapa, en uno de esos momentos en que la verdad se impone aun á los que la niegan, como el sol que penetra á través de los párpados mal cerrados de los ciegos voluntarios. "Muy lejos de que Jesús haya sido creación de sus discípulos, dice, Jesús aparece en todo como superior á ellos. Estos, á excepción de San Pablo y San Juan, eran hombres sin inventiva ni genio.... En suma, el carácter de Jesús, *lejos de haber sido embellecido por sus biógrafos, fué achicado por ellos.*"<sup>1</sup>

Si son incapaces de *embellecerlo*, si hasta lo han *achicado*, "si es del todo superior á la mente

1 RENAN, *Vie de Jesus*, XXVIII, 450.

de sus discípulos," como dice Parker, "si aun sobrepuja, como dice Channing, la inteligencia humana," no es, pues, creación de ellos. Existe independientemente de ellos, antes que ellos, y más grande que ellos. Es, pues, enteramente real y enteramente histórico. Es la última palabra de la crítica moderna.<sup>1</sup>

¿Qué decir ahora, para terminar este asunto, acerca de una hipótesis que alcanzó momentánea boga en Alemania, y nunca en Francia, á pesar de los esfuerzos que se han tentado con tal objeto? Porque si el genio francés tiene sus flacos, le cabe la gloria de una claridad que no le permite acostumbrarse á tales nebulosidades. Hablo de la hipótesis mítica de Strauss. Ni un escritor, ni varios, entiéndanse ó no, habrían podido crear un carácter que sobrepuja tan entera y absolutamente los recursos del humano entendimiento; ¡y se pretende que haya salido de la incubación lenta, profunda, inconsciente del pueblo! ¡El libro más bello que jamás hubo iluminado, consolado y encantado á la humanidad, habría sido creación de todos, es decir, de nadie!<sup>2</sup> ¡Esa figura que ningún pin-

1 Véase acerca de este punto, la obra del Abate Vigouroux, recientemente publicada, en la cual hace una demostración arqueológica del Evangelio.—N. del T.

2 Acerca de las bellezas literarias del Evangelio, véase la obra del Abate Vernioles, *Les Récit Evangeliques*.—N. del T.

cel, aun cuando fuese manejado por la diestra magistral de un Rafael, de un fray Angélico, de un Leonardo de Vinci, de un Van-Dyck, supo embellecer; que permanece más bella que la belleza, se habría hecho enteramente sola! ¡Habría salido, mediante sucesivos embellecimientos, del corazón y de las entrañas de las primeras comunidades cristianas! Pero me será permitido hacer aquí una sola pregunta: Esas comunidades, ¿quién las formó? ¿Cómo han llegado á ser cristianas? ¿No es el Cristo conocido, amado, adorado como Dios y como hombre, quien formó el pueblo cristiano? Entonces ¿cómo es, pues, el pueblo quien formó al Cristo? No queréis que proceda de la fecha histórica de los Evangelios. ¡Sea! Pero no podéis negar la fecha de los Hechos de los Apóstoles, ni la autenticidad de las Epístolas de San Pablo. Pues bien, ambos monumentos llenos están con Jesucristo, En ellos Jesucristo aparece como centro, lazo, cimiento y arquitecto de todas las primeras comunidades cristianas! ¿Cómo, pues, habrían sido ellas creadoras del Cristo, puesto que de Él proceden ellas? ¿Si son ellas quienes, mediante sucesivas é inconscientes pinceladas, han trazado esa sublime fisonomía que ha encantado al mundo, ¿por qué, pues, ellas mismas han sufrido el encanto?

Fuera de esto, no se discute ya este asunto. Está muerto. Ha sucumbido, no bajo los esfuer-

zos de la razón, porque lo ilógico y la sinrazón tienen tantos encantos para ciertos espíritus! Dos hechos le dieron muerte: el descubrimiento de la traducción siriaca de los Evangelios por el doctor Cureson, y el del *Codex Sinaiticus* por M. Tischendorf. Para una incubación semejante, requiérese tiempo. Pues bien; no lo hay. Hé ahí lo que han demostrado esos dos trabajos arqueológicos. Esto dejó relegado el libro de Strauss á la categoría de los papeles viejos.

## IX

Mas dejemos los Evangelios, en los cuales vive, en los cuales vivirá siempre, sin vanos adornos, sin frases, en el estilo más sencillo, la deslumbradora figura del Hijo del Hombre, belleza que bastará para defenderle de todas las dudas, y para llevar á Él un día ú otro todas las almas. Después de todo, no tenemos otro medio para formarnos juicio acerca del carácter de Jesucristo. Podemos, además, juzgarle por su obscuridad, como dice Parker, ó más bien por la luz que ha proyectado sobre el mundo. Podemos apreciarle mediante los grandes efectos de su palabra, según los resultados de su vida y de su muerte. ¿Qué era el mundo antes de Él? ¿Qué vino á ser después? Probemos á estimar el valor de la transformación que le hizo sufrir, de la belleza intelectual, moral y religiosa que le

ha comunicado; habremos hallado á la vez una nueva medida, bien exacta igualmente, de la grandeza de Jesucristo.

¡Cosa admirable! Jesucristo formó el mundo á imagen y semejanza suya; por ese medio lo regeneró y transformó. Los hermosos rasgos de su mente y de su corazón, aquella elevación de pensamientos, aquella ternura y aquella pureza de sentimiento, aquella amplitud de afectos que se advierte en los Evangelios, se encuentran reflejados en el mundo moderno, y es lo que forma su distinción y su superioridad con respecto al antiguo. El mundo antiguo se hallaba sumido en la idolatría, en la ignorancia de Dios, en una superstición tan inveterada y tan profunda, que Platón con todo su genio se sentía impotente para disiparla y clamaba por una intervención celestial. Y ahora aquel Dios, á quien Jesús llamaba su Padre, es el nuestro. Aquel culto puro, espiritual, aquella adoración en espíritu y en verdad, aquella hermosa religión, fundada sobre la pureza del corazón, sobre la paternidad y la fraternidad humana, es la religión de todos, aun de los más humildes. Como Jesús, nos vemos, nos sentimos hijos de Dios. Dios no está fuera ni lejos de nosotros; está en nosotros, vive en nuestros corazones y diviniza nuestras vidas. La existencia más obscura, la más olvidada de los hombres, tiene su salida hacia algún rincón del cielo. ¿Y quién

dirá hasta qué altura se han elevado, en ciertos hombres, las virtudes que resplandecían en el corazón de Jesús: su humildad, su obediencia, su celo por la gloria de Dios, su amor á las almas? Sin duda que en parte alguna fué igualado el divino modelo. Tampoco en ninguna parte entró el desaliento por no poder reproducirlo. Y como la naturaleza multiplica los esfuerzos, varía los matices y los colores, engendra millares de especies de rosas para realizar el tipo, cada una de las virtudes del Cristo ha creado durante dieciocho siglos, millares de hombres que han hecho los más sublimes esfuerzos para probar ó reproducir algo de su inimitable belleza. El mundo sintió el aroma de tales pruebas, y le debió, además de ese carácter de elevación religiosa, una fecundidad sobrenatural de la que el mundo antiguo ni siquiera tuvo presentimiento.

Mas no es el único rasgo que de su fisonomía dejó impreso Jesús en la sociedad moderna. Jesús, que no veía más que á su Padre en el cielo, en la tierra no veía sino á las almas. Para Él no había grandes, ni pequeños, ni ricos, ni pobres, y diré con el Apóstol, hombres, ni mujeres, ni niños. Vanas apariencias, velos diáfanos, á través de los cuales su mirada tan pura sólo veía esta cosa tan augusta, que se llama un alma. Pues este carácter de elevada espiritualidad, es la segunda nota del mundo

moderno. Hacia el término del mundo antiguo los hombres sólo se pagaban de vanas apariencias, únicamente estimaban á los ricos, á los poderosos; hollaban á los débiles, á las mujeres, á los niños; pisoteaban á los pobres. De pronto, hé aquí una maravilla. Las almas ascienden suavemente al primer puesto. Y en consecuencia la mujer se rehabilita, no obstante su debilidad; el niño se rehabilita, aun aquél cuya débil constitución condenaba á ser lanzado al arroyo; el esclavo se rehabilita, guardando sus cadenas que en breve dejará; el pobre se rehabilita, viendo al rico que toca con respeto sus harapos. Es una revolución inaudita, inesperada, irresistible. Los grandes, los fuertes, pasan al segundo rango. Vense delicadezas infinitas con respecto á los pequeños, y una sociedad nueva se funda sobre el respeto al niño, el honor de la mujer, el amor al pobre, sobre la dignidad de todos en una santa igualdad.

Y como uno de los rasgos de la belleza del Hijo del Hombre es la universalidad de su amor; como no es dado pensar en Él, sin verle clavado en la cruz, con los brazos extendidos para abrazar al mundo, las barreras de las nacionalidades viénense al suelo; la patria, sin dejar de ser amada para el corazón del hombre, hácese menos exclusiva; enciéndense faros á lo largo de los mares, en las costas, allí donde la antigüedad se aprovechaba de los naufragios; la pa-

labra *hostis*, ya no tiene sentido; la humanidad nace, es decir, la gran República de los hermanos separados aun por los intereses y las lenguas, mas teniendo á lo menos tres lazos que les unen á través de las montañas y de los mares: el lazo de la sangre, el lazo de la fe y el lazo del amor.

Y esto no es más que el comienzo. Véase el más divino, el rasgo real de la belleza de Jesucristo, impreso en la sociedad moderna. Tiene ella algo de infinito como Él, algo de inconmensurable, algo de insaciable, que constituye su honor y su belleza; porque de ahí nace su progreso. Observad al mundo antiguo: allí todo es perfecto en su género. Cada hombre realiza su ideal, realiza lo bueno y lo bello, tal como su naturaleza lo concibe. En el mundo moderno, por el contrario, el término no se logra. Todo se dirige á una belleza, que llamaré quimérica, puesto que nadie la alcanza, y cada alma gime por no poder llegar á ella. Oíd, oíd al mundo antiguo: en el arte, en la filosofía, en la poesía, ¡qué acento de satisfacción! Encontró, realizó lo bello: es dichoso. ¡Qué diferencia del prolongado suspiro, del incesante gemido del mundo moderno! “¡Ah! si pudiera yo alcanzar la belleza absoluta! ¡Si me fuera dado hallar la verdad eterna! ¡Si pudiera yo hacer vivir en mí el bien, lo bello, lo noble, lo santo!”

El mundo antiguo edificaba sus templos, le-

vantaba sus estatuas, escribía sus dramas, sus gloriosas epopeyas, de un modo definitivo: era completo. El moderno, ni en su arte, ni en su filosofía, ni en su poesía tiene nada que considere como acabado. No tiene ánimos para terminar ninguna cosa. ¡En tal manera posee un ideal que traspasa toda realidad! Posesión de la belleza satisfecha: hé ahí el Partenón; aspiración inmensa del amor no satisfecho: he ahí la Catedral de Colonia; <sup>1</sup> está igualmente sin terminar! ¿Y en dónde terminarla? ¿Y cómo terminarla? ¿Y en dónde colocar la última piedra? ¡La última piedra! no existe; no puede existir. Mientras estemos aquí abajo de nada puede decirse: está terminado.

He considerado, siempre con asombro, la extraña concepción de los héroes divinizados en Homero. Se hallan en los Campos Elíseos, coronados, recompensados, pero no felices; están llenos de pesares. ¿Y qué echan de menos? La tierra que dejaron, esta vida, esta luz que aquí abajo tenían. Por grandes que sean, sienten que no son más que sombras. La luz, la belleza, la vida, para ellos, está en este mundo. La obscuridad está allá arriba, en donde se encuentran ellos. Oídes, oíd á Aquiles. ¿Acaso desea más

<sup>1</sup> El conocido poeta alemán, Don Juan Fastenrath, escribió una hermosa composición á ella dedicada. V. *La Walhalla*.....—N. del T.

crecido resplandor? No echa de menos su fuerza, su valor de antes. Y á todos sucede otro tanto: sombras infortunadas que viven mirando á esa tierra que dejaron, y para quienes todo su consuelo está en volver á andar errantes entre los vivos. Nosotros, por el contrario, en este mundo nuevo de Jesucristo, á través de todos los esplendores de la creación y del arte, no nos vemos saciados; soñamos una belleza, más grande que todas las bellezas, la cual no esperamos alcanzar aquí abajo. Aun allá arriba, cuando allí nos encontremos, apenas si alcanzaremos á vernos satisfechos; iremos de claridad en claridad, buscando siempre algo más hermoso, conservando nuestro afán, nuestra sublime aspiración, mas no nuestro dolor; porque la sed, no renacerá sin cesar, sino para verse sin cesar saciada. Hé ahí el espíritu humano, en el mundo moderno. Se vió directamente cambiado.

Este gran fenómeno histórico, acerca del cual no insisto más, supone manifiestamente un acontecimiento extraordinario correlativo y que obró la transformación. Debe haber ahí un momento en el cual termina el mundo antiguo; en el cual comienza el moderno. ¿Cuál fué ese momento? ¿Cuál fué el primer paso, de ese progreso sin término? ¿Quién abrió esa éra? No hay más respuesta que una: Jesucristo. Es absolutamente cierto que el mundo antiguo termina

en la cruz del Salvador, ni antes, ni después; y que el moderno comienza entonces. La cruz es el punto de parada, de la caída, el punto de arranque de la renovación, y si Jesucristo es Dios, todo se comprende y se explica. Pero si Jesucristo no es Dios; si ha substituido una idolatría á otra idolatría; si mintió, y si con esa mentira, ó con esa ilusión, regeneró al mundo, entonces nada entiendo del asunto. Todas las nociones de certeza, de verdad, de justicia, de virtud, y lo diré, de causa y de efecto, se oscurecen en mi cabeza, y hasta la idea de Dios se cubre con un velo. Es lo que decía Napoleón: "Por último, y es mi postrer argumento, no hay Dios en el cielo, si un hombre pudo concebir y ejecutar con entero éxito el plan gigantesco de arrebatarse para sí el culto supremo, usurpando el nombre de Dios." Y añadido yo, si pudo, usurpando el nombre de Dios, y sumergiendo al mundo en la idolatría, regenerarlo.

## X

Si, y por aquí termino; si Jesucristo es Dios, todo se sigue, todo se encadena: su vida, su doctrina, los milagros y los prodigiosos efectos de su paso por la tierra y hasta el momento y el lugar de su aparición. Cuando se hubo cumplido el tiempo, cuando la fe de la infancia del mundo se debilitó, y todos los labios proponían

esta cuestión: ¿quién nos mostrará el bien? Cuando la carga del pecado llevó el malestar al corazón de la humanidad, Dios envió su Hijo á la tierra, en socorro del hombre que sucumbía; apareció en mitad de los tiempos y en el centro del mundo, lleno de gracia y de verdad, libre de todo error y de toda culpa, inocente y santo, practicando todas las virtudes, rebosando principalmente el más tierno amor á Dios, la más divina piedad con respecto al hombre, y sellando la vida más pura con una muerte sublime. Se le ve hombre, mas, á través de la ideal belleza de su humanidad, transpira la luz de su divinidad; muy suave primero, después más viva, luego escapándose en ráfagas, y muy presto deslumbrante. Aparece lleno de vida divina, y la humanidad, uniéndose á Él, halla en su mente, en su corazón, en su fuerza, en su vida entera, un engrandecimiento en la suya. ¿Qué puede haber más sencillo, más lógico, más digno de Dios, ni más honroso para el hombre?

Supongamos, no obstante, que Jesucristo no sea Dios; que el héroe de este drama no sea más que un iluso inocente ó un impostor hábil: ¿qué se gana con eso? ¿Nos vemos así libres del misterio? Al contrario, en vez de uno, tenemos diez, tenemos mil; un caos de inexplicables obscuridades, de contradicciones de las cuales no saldremos.

Sí; si Jesucristo no es Dios, si no es más que